

ATOPE



hoja de punto
de modino
Amando DE MIGUEL

La vida es sueño

220282
J3

ESTE es mi personal contrahomenaje al centenario de Calderón, que ya ha pasado. Por favor, lector, no abandones, que necesitamos mantenernos a tope. Piensa no más que la esperanza de vida de los españoles que hoy nacen es de más de setenta años. Es decir, que nos pasamos veinticinco años de nuestra vida durmiendo. ¿Te imaginas lo que sería la vida humana si desapareciera la necesidad de dormir? El desastre. Nos harían trabajar jornada doble. El gasto energético sería cuantiosísimo. Desaparecerían las camas y los hoteles. Sospecho que hasta se pondría en peligro la propia reproducción de la especie, asociada como está a la posición horizontal que precede al sueño. Sin sueños que lavaran las basuras del subconsciente, los humanos se volverían agresivos, andarían perpetuamente angustiados.

Afortunadamente, todo eso es una vana figuración. Las horas de sueño son una bendición. La tercera parte de nuestra vida se nos va en dormir, y qué poco sabemos de esa pasiva actividad, la más común de la especie.

Primera observación. Andamos casi todos faltos de sueño. Me refiero a los españoles. Nuestro horario se estira a lo largo del día. La jornada laboral acaba a las cuatro o cinco de la tarde para la mayor parte de los europeos traspirenaicos. A esas horas nosotros empezamos la segunda parte de la jornada. Podemos cenar a las once de la noche, cuando ya están jugando con los angelitos nuestros vecinos del Norte. Luego, no nos levantamos mucho más tarde que ellos. No se espere nada de la siesta, que suelen practicar los turistas que nos visitan creyendo que es una institución doméstica. Nada de eso; lo castizo es la vigilia. Asombra comprobar los horarios de los trenes

de largo recorrido, «para aprovechar la noche», es decir, para pasarla en vela. No menos asombro produce la decisión de tantos conductores de viajar de noche. ¿Por qué los pobres camioneros están condenados a no ver el sol sin ganas de dormir? Resultado: andamos por la vida somnolientos y malhumorados. Algunas consecuencias de esta insomne sociedad: la alta temperatura de la política (qué bien estaríamos con un poquito más de desencanto), la afición a escuchar la radio a altas horas de la noche (en realidad, la madrugada), el inmoderado consumo de analgésicos y somníferos. Hasta en el folklore religioso hispano se llegó a inventar la adoración nocturna, que era una forma de convertir las horas de sueño en oración. El idioma nos traiciona: «Buenas noches» es para nosotros una forma de saludo que no equivale necesariamente a irse a la cama, como en otras lenguas civilizadas. Nuestro héroe nacional, don Quijote, se pasaba las noches leyendo de claro en claro, y los días, de turbio en turbio.

Si tan importante es el reposo nocturno, ¿no sería una buena cosa que se enseñara y se aprendiera? Sí, clases de dormir. Por ejemplo, habría que desterrar el reloj despertador, tanto el del timbrado como el más artero de la radiodespertador. Todo lo que no sea dejar que el cuerpo mismo se despierte es una forma de tortura, y alguna vez se tipificará en los códigos penales. El despertador no es más que la versión casera de la corneta o la campana. En las instituciones totales (conventos, cuarteles, cárceles, manicomios, internados, albergues) la transición entre el reposo y la actividad vertical venía marcada por un sonido estridente. No había derecho al supremo placer del duermiveela, propenso naturalmente a todas las voluptuosidades.

dades.

De las películas nos vino la moda puritana de las dos camas. Ni siquiera en Estados Unidos se estilaba mucho, pero así aparece organizado el dormitorio de una pareja en los filmes y telefilmes. Muchos han creído que las dos camas es lo higiénico y natural, lo decente y lo cómodo, cuando sólo era un artificio de la censura. Una pareja adulta, normalmente constituida, debe dormir en una sola cama. No hay mejor somnífero que el calor del otro cuerpo. Nada es más humano que cumplir la yacija. «Camarada» quería decir eso cuando significaba algo.

Luego está la ropa de dormir. Nuestros antepasados pudientes utilizaban el camisón, sin distinción de géneros, como es natural. La cursilería de nuestro siglo inventó el pijama para el caballero y las transparencias de muñeca para las señoras. Una estupidez. La prenda para dormir tiene que ser otra vez el camisón, largo y generoso, cálido, sin botones ni costuras, opaco y suave, a ser posible de algodón, con todas las fantasías de color que se quiera. Auguro un bonito negocio a los fabricantes de confección textil si saben dar con el diseño adecuado. De momento, resulta bastante estúpido que los varones que quieren bien dormir tengan que comprar un camisón en la sección de señoras, talla grande, por favor. No estaría mal tampoco que volviéramos al gorro de dormir, ahora que se impone la ordenanza de apagar las calefacciones de noche y la sana costumbre de dormir con la ventana abierta.

No se tomen en vano mis advertencias para el buen reposo. Por no seguirlos y por dormir tan poco, domina en los españoles un clima de relaciones interpersonales cargado. Los políticos, sobre todo, son grandes insomnes.